

en lo particular á los chismosos, afectaba entregarse á ellos sin reserva, y manifestaba toda su confianza al último que le hablaba. Él mismo nos los dice en las cartas que escribió á Carlos V. Esta política mas simulada que leal le dió los frutos que esperaba.

Además de las embajadas de la capital del imperio, el comandante español recibió una del hijo del gran Netzahualpilli, el desgraciado rival de su hermano mayor en la cuestion sobre los derechos hereditarios á la corona de Tezcoco, segun tenemos manifestado al principio de este capítulo. Dneño de una considerable parte del antiguo reino de Acolhuacan, imploraba la protección del afortunado gefe de los aventureros españoles, para satisfacer su profundo encono contra su rival y el emperador de los aztecas. La respuesta de Cortés lisonjeaba las esperanzas del príncipe chichimeca; porque su política tendía únicamente á reunir los elementos de desunion para acabar con el coloso de la laguna de Anáhuac. A los pocos días se le presentaron algunos diputados de la gran Cholula, á fin de ofrecerle su buena disposicion é invitarle á que pasase con sus tropas á esta ciudad. Los tlascaltecas se oponían de buena fé al peligroso viage de los españoles á Cholula, asegurando que á sus inmediaciones se hallaba fortificado un crecido ejército azteca; pero no conviniendo á Cortés retroceder un palmo de terreno en el camino de su conquista, determinó emprender su viage á la celebrada ciudad de Cholula, á pesar de las juiciosas reflexiones de sus nuevos aliados los de Tlascala. Ningun poder humano hubiera sido capaz de detenerlo en su atrevida carrera; porque además de su curiosidad en conocer esta ciudad tan celebrada en la historia de las naciones de Anáhuac, ella debía servirle de tránsito para penetrar en la espléndida corte de Moctezuma.

CAPITULO V.

Desde la alianza de los españoles con los tlascaltecas, hasta la memorable batalla de Otumba.

LOS ESPAÑOLES DEJAN Á TLASCALA: su entrada en Cholula: noticias sobre esta ciudad: conspiracion y horrible matanza: sumision de los choluleses y tepeyaqueses: nuevos enviados de Moctezuma. Persecucion contra los totonecas: ascension al gran volcan: continúa la marcha de los españoles: visita del rey de Tezcoco á Cortés: su entrada en esta capital: entrada de los españoles en México. Conferencias de Moctezuma con Cortés: descripcion de la ciudad de México: prision de Moctezuma. Vida del rey en la prision: suplicio del señor de Nauhtlan: proyectos de insurreccion: prision del rey de Tezcoco y de otros señores:

res: providencias posteriores de Cortés: sumision de Moctezuma y de la nobleza mexicana al rey de Castilla: tesoros reales y su reparticion: culto cristiano en el templo mayor: disgustos de los aztecas. Expedicion de Pánfilo Narvaez: paradero de los emisarios salidos de Veracruz: sucesos que tienen lugar en la corte de Castilla: hábil política de Cortés: victoria que alcanza contra las tropas del gobernador de Cuba. Insurreccion de la capital: matanza que hace Alvarado: vuelta de Cortés: levantamiento de los aztecas contra los españoles. Retirada de los españoles: noche triste: terrible matanza; batalla de Otumba.

LOS ESPAÑOLES DEJAN Á TLASCALA: su entrada en Cholula: noticias sobre esta ciudad: conspiracion y horrible matanza: sumision de los choluleses y tepeyaqueses: nuevos enviados de Moctezuma (1519). Todos los preparativos de la campaña estaban dispuestos: los enfermos y heridos restablecidos; la moral del ejército reanimada; los víveres asegurados, é infalible la cooperacion de los tlascaltecas. Se habian adquirido nuevas noticias acerca de las verdaderas fuerzas de Moctezuma, sus medios de defensa, rivalidades de los grandes de sus cortes y otras cosas interesantes. Dos caminos se presentaban á la eleccion del ejército expedicionario: el mas directo atravesaba las montañas de Tlascala de Oriente á Occidente, é iba á salir entre las ciudades de Tezcoco y Otumba. Tal era el que indicaban á Cortés los embajadores de Moctezuma; pero la prudencia del general repugnaba aceptar un itinerario que le proponia su encubierto enemigo. Al fin tomó un camino agreste por la espalda oriental de los montes Matlacueyes, pasando cerca del gran volcan hasta su llegada á Río-Frío. Los tlascaltecas que le seguian en número de cincuenta mil hombres, le aconsejaban que tomase la direccion de Huexotzinco, pequeña república su aliada, y que tambien lo era de los españoles; pero á ruego de los enviados mexicanos y de los diputados de Cholula, Cortés se decidió á pasar por esta última ciudad. No solo creyó que este acto de confianza le colocaria en mas distinguido lugar ante la opinion de los pueblos, sino aun se desprendió de la mayor parte de los tlascaltecas, quedándose únicamente con su cuerpo auxiliar de seis mil hombres.

La antigua Cholula, en la época que Cortés la visitó, era una de las ciudades mas considerables del imperio, célebre por su comercio y establecimientos religiosos. Situada como lo está actualmente en una llanura fértil y muy regada, á alguna distancia del grupo de montañas que rodean el valle de México, se contaban en ella veinte mil casas, sin comprender los arrabales que estaban fuera de su recinto; pero hoy solamente tiene una poblacion de diez y seis mil almas. Esta ciudad fué fundada por los pueblos que ocuparon el Anáhuac antes de la llegada de los aztecas, y aunque se

tienen muy pocas noticias acerca de la forma particular de su gobierno, es creíble que en nada se hubiera diferenciado de el de la república de Tlascal, estado que conservó hasta que vencida y subyugada por los mexicanos, quedó privada de casi todos los elementos de su anterior independencia. En esta ciudad se fabricaban telas de algodón, vidriado de arcilla, y una especie de loza bastante apreciada. Sus joyeros tenían gran reputación por su extraordinaria habilidad. El arte de cortar y montar las piedras preciosas, se había llevado al mas alto grado de perfección; pero bajo el punto de vista religioso, tenía aun mayor importancia la celebrada ciudad de Cholula. Era la Jerusalem, la Meca, la Roma, la ciudad santa del antiguo México.

Allí las tradiciones se conservaban con mas pureza que en ninguna otra parte; allí se iba á consultar á los teólogos sobre cuestiones que interesaban á la doctrina y disciplina; y allí había vivido muchos años el célebre Quetzalcoatl, ese hombre-dios cuya existencia fabulosa hemos descrito en el capítulo tercero. Cholula se distinguía por el gran número de sus templos, y el mas notable se elevaba al nivel de la grande pirámide vecina á la ciudad; y allí, como uno de los lugares santos del antiguo mundo, concurrían de todos los puntos del Anáhuac innumerables peregrinos que la daban mayor animación. Su gobierno era una aristocracia republicana, en la que los sacerdotes hacían el principal papel. „La gente de esta ciudad, (dice Cortés con aquella franqueza de estilo que caracteriza sus escritos) es mas vestida que los de Tascaltecal (Tlascal) en alguna manera; porque los honrados ciudadanos de ella todos traen albornoces encima de la otra ropa, aunque son diferenciados de los de África, porque tienen maneras (faltriqueras); pero en la hechura, y tela, y los rapacejos son muy semejables. Todos éstos han sido y son, despues de este trance pasado, muy ciertos vasallos de Vuestra Magestad, y muy obedientes á lo que yo en su Real Nombre les he requerido y dicho; y creo lo serán de aquí adelante. Esta ciudad es muy fértil de labranzas, porque tiene mucha tierra, y se riega la mas parte de ella; y aun es la ciudad mas hermosa de fuera, que hay en España, porque es muy torreada y llana. Y certifico á Vuestra Alteza, que yo conté desde una mezquita (así designa Cortés los teocalis) cuatrocientas y tantas torres en la dicha ciudad, y todas son de mezquitas. Es la ciudad mas á propósito de vivir españoles, que yo he visto de los puertos acá, porque tiene algunos baldíos, y agua para criar ganados, lo que no tienen ningunas de cuantas hemos visto; porque es tanta la multitud de la gente, que en estas partes mora, que ni un palmo de tierra hay que no esté labrada; y aun con todo en muchas partes padecen necesidad por falta de pan; y aun hay mucha gente pobre, y que piden entre los ricos por las calles, y por las casas y mercados; como hacen los pobres en España, y

„en otras partes que hay gente de razon. (Cartas de Cortés, pág. „92).” Es bastante extraño que este general español mire la mendicidad en las calles públicas, como un signo positivo de la civilización de los países.

Los habitantes de Cholula recibieron á Cortés y su ejército con muchas demostraciones de confianza y respeto. Los españoles se alojaron en anchurosos edificios, en los cuales se les suministraron todos los objetos necesarios á la vida durante dos dias. En el tercero ya no hubo tanta generosidad; pues los víveres fueron mas escasos, concluyendo por darles únicamente agua y leña. Cortés, con su ojo avizor, siempre fijo en los movimientos de sus enemigos, no tardó en descubrir las huellas de estas maquinaciones secretas; de estos preparativos de mal agüero que manifestaban una conspiración en ciernes. Cada hora que trascurría, le confirmaban las noticias sus sospechas. El cuerpo auxiliar facilitado por los de Tlascal, campaba en los arrabales de la ciudad, porque los choluleses habían rogado á Cortés no los introdujese dentro de sus muros, á causa de la profunda enemistad que existía entre los dos pueblos, y Cortés había consentido en ello, como una nueva prueba de confianza; pero estos auxiliares tenían la orden de estar muy alerta. Ocho de ellos vinieron á avisar al general, que se preparaba algun movimiento; pues habían observado que cada noche hacían salir de la ciudad, muchas mugeres y niños pertenecientes á ciudadanos notables, y que habían sacrificado tres muchachos y tres hembras jóvenes en el templo principal, como práctica ordinaria en aquellos pueblos, cuando se preparaban á una expedición militar.

Esta comunicación fué seguida de un aviso que parecía un nuevo favor del cielo. Marina, la fiel amiga de Cortés y su protectora, había trabado amistad con una muger de Cholula, señora de alta clase enlazada con las principales familias del país. Marina tenía el privilegio de interesar á cuantos la veían: su hermosura, su talento, su elevado carácter, la civilización de sus modales, hablaron tanto en su favor, que la señora de Cholula se aficionó á ella sensiblemente. „Marina, (la dijo con misterio un dia despues de haberse asegurado que nadie podía oírla) vd. es jóven hermosa y noble: ¿Quién puede retenerla con estos extrangeros enemigos de nuestros dioses y de nuestro país? Ya no debe vd. permanecer mas tiempo con esos hombres crueles y malos, que el sol abortó en uno de sus dias de cólera: abandónelos vd. y vivirá entre nosotros.” Como Marina guardaba silencio, la señora de Cholula añadió: „Vd. no sabe lo que rehúsa, pues la quiero salvar de una muerte inevitable. Sepa vd., Marina, que los españoles tienen aquí su sepulcro: ni uno solo saldrá vivo de la ciudad de nuestro dios del viento, del gran Quetzalcoatl. Nuestras calles están atrinchadas y cortadas por fosos y aberturas, ligeramente cubiertos de tierra. En las plataformas de nuestros templos hay mucho

„acopio de piedras y dardos reunidos. Veinte mil mexicanos que se hallan ocultos en el vecindario de la ciudad, deben reunirse á nuestros compatriotas á cierta señal convenida, y arrojarse sobre los estrangeros y sus aliados. Nuestros sacerdotes esparcidos en todos los puntos para excitar el ardor de los hombres, nos prometen la victoria y jamas nos han engañado. Marina, piense vd. en sí misma.”

Diestra Marina en el arte de disimular, ninguna variacion demostró en su semblante; y ella prometió guardar un secreto que deseaba por momentos confiar á su querido Cortés. Muy pronto se halla junto á él y le instruye de toda la conspiracion. El general vió de una sola ojeada toda la estension del peligro; pero tan activo en adoptar una resolucion como en ejecutarla, quiere ejercer en obsequio de sus enemigos, una de aquellas venganzas que llenan de terror á todo un pueblo, y hacen temblar las coronas de los reyes sobre sus cabezas. Segun las órdenes que dió cuidadosamente á Marina, consiguió atraer á su casa no solo á la noble dama, sino tambien á algunos sacerdotes enterados de cuanto pasaba en la ciudad, y éstos le confirmaron la existencia del vasto complot de que se hallaba amenazado. Entonces Cortés llamó, bajo diversos pretextos, á los magistrados de Cholula y á los principales habitantes. Luego que se hallaron reunidos en su alojamiento, les preguntó si tenian alguna queja de sus soldados, les invitó á hablar sin temor prometiéndoles cumplida satisfaccion, y concluyó declarando que habia fijado su marcha para el siguiente dia. La respuesta de los choluleses fué negativa, y continuando su papel de traidores, hacen mil protestas de su adhesion á las tropas expedicionarias. Habiendo ofrecido al general una escolta para acompañarle en su viage, anunciándole que estaria disponible al amanecer, Cortés aceptó el ofrecimiento con todas las apariencias de una entera confianza. En seguida, y despues de haber despedido á aquellos señores muy satisfechos, reunió prontamente á sus oficiales en consejo, les hizo saber la horrible trama que se urdia, y pidió que le manifestasen su dictámen con franqueza. La opinion de la gran mayoría de estos valientes fué igual á la suya. Al instante se trasmitió orden á los tlascaltecas acampados fuera de la ciudad, para que entrasen en ella á los primeros albores de la mañana, y españoles y aliados se prepararon durante la noche para el combate. Al rayar el dia llegó al cuartel español la escolta prometida, como tambien una diputacion de cuarenta de los principales ciudadanos. Habiendo entrado toda esta gente en el interior, se colocaron guardias competentes para que no pudieran huir, y montando Cortés en su caballo de batalla, situándose en medio de su gente armada, de los choluleses y los magistrados, habló así: „Querido teneros como amigos, y he venido á vuestra ciudad como hombre de paz. No os he hecho injusticias ni daño, y lejos de

„haberos dado motivos de queja contra mi conducta, he consentido en todas vuestras exigencias. Deseabais que los tlascaltecas, antiguos enemigos vuestros, no entrasen dentro de vuestros muros, y ellos no han entrado. Os he instado para que me manifestáseis algunas quejas contra mis soldados, y me habeis asegurado que solo teniais motivos de alabanzas; y sin embargo, hombres pérfidos, bajo la apariencia de franqueza me sois traidores, y queréis asesinarne con todos los míos, llamando en vuestra ayuda los infernales ardidés de los cobardes. Todo lo sé, conozco la estension de vuestro execrable maquinamiento.” Y dirigiéndose Cortés en seguida á algunos choluleses, añade: *¿Quién pudo inspiraros tan bárbaro proyecto? ¿quiénes son vuestros instigadores?* Y los choluleses respondieron: *Son los mexicanos, los embajadores de Moctezuma, quienes para agradar á su señor nos han comprometido á sacrificar á vos y á vuestra gente.* Apenas oyó Cortés esta terrible acusacion, cuando con todo el aire de una justa y profunda cólera se dirigió á los enviados mexicanos, y les dijo: *Al imputaros su traicion esos infelices, pretenden justificarse culpando á vuestro rey. Yo no puedo suponerle capaz de tamaña infamia, en el mismo momento en que tantas pruebas me está dando de amistad, cuando pudiera atacarme como valiente á fuerzas de armas y á cara descubierta. Nada temais por vuestras personas, pues yo sabré protegerlas. Hoy mismo perecerán los traidores, y su ciudad será entregada al saqueo. Tomo al cielo por testigo que su perfidia es la que me pone las armas en la mano.*

Entonces se dió la terrible señal, un tiro de mósquete fué el anuncio de la sangrienta matanza. Españoles y totonecas se arrojan en un instante sobre la multitud sobrecogida, y la sangre corre á torrentes en el cuartel de los castellanós. Los seis mil tlascaltecas se lanzan por su cuenta, y toman parte en esta carnicería; ahullan como animales feroces, y bajo la proteccion de los nuevos aliados, su rábía no conoce límites de ninguna clase. Sin embargo, los choluleses se reúnen, forman sus masas cerradas y se defienden con la energia de la desesperacion; pero la artillería de los españoles las rompe, desbarata y dispersa, quedando el suelo sembrado de cadáveres. Los que sobreviven huyen al campo ó se refugian en los templos, pobres asilos que se convierten á su vez en otros tantos sepulcros. En vano los vencidos pretenden fortificarse en ellos; pues las encendidas mechas abrasan las casas y edificios religiosos, mientras que la multitud que en ellos se reúne, ó perece en las llamas, ó encuentra una muerte mas dulce precipitándose de lo alto de las torres. En esta matanza que duró dos dias, perdieron la vida seis mil choluleses. El botin fué inmenso: los españoles se apoderaron del oro, la plata y las piedras preciosas; y los tlascaltecas, de las plumas de brillantes colores, mil veces preferidas por ellos á los ricos metales. Cansado de venganza

volvió Cortés á su cuartel, en donde habian quedado como rehenes los nobles choluleses, los cuales se arrojaron de rodillas á sus piés implorando piedad, y Cortés que habia ya conseguido su objeto, esparciendo el terror necesario á sus designios, proclamó un perdón general en favor de todos los vencidos. Envió diputados á los campos, convidando á los prófugos, hombres, mugeres y niños, á que volviesen á entregarse á sus ocupaciones ordinarias. En poco tiempo quedó desembarazada la ciudad de los montones de cadáveres, recobrando otra vez su anterior espíritu de vida. El número de los habitantes no pareció disminuido, y aquellos desgraciados convencidos de la superioridad de los españoles, se mostraban tan oficiosos en servirles, como si hubiesen tenido que pagarles alguna deuda de agradecimiento: hombres acostumbrados á los ultrajes del despotismo, besaban con respeto las manos ensangrentadas de sus hermanos. Cortés utilizó su influencia para restablecer la buena armonía entre Cholula y Tlascalá, y consiguió reunir bajo su bandera dos pueblos que se habian hecho una continuada guerra por mucho tiempo. En seguida recibió sinceras enhorabuenas de los habitantes de Huexotzínco y Tlascalá, como también el juramento de fidelidad que dieron á la corona de España los ciudadanos de Tepeaca.

Tranquilo por la buena disposicion en que dejaba los pueblos de su espalda, no lo estaba tanto con respecto á Moctezuma; pero este afeminado monarca, tan pronto como supo la horrible catástrofe de Cholula, lleno de miedo volvió á consultar á sus dioses fabulosos, y viendo que no obtenia de ellos ninguna respuesta consoladora en sus angustiadas circunstancias, envió á los españoles otra nueva embajada con ricos regalos, dando gracias á Cortés por el ejemplar castigo que habia hecho en sus vasallos los habitantes de Cholula; y aunque el general tenia datos para creer sus ocultos manejos en la entendiada conspiracion, fingió dar crédito por entonces al dicho de los embajadores aztecas. El castigo de Cholula ha sido considerado como un notable hecho de crueldad y barbarismo; pero si se analizan con imparcialidad los tiempos y la triste posicion del ejército expedicionario, viene á presentarse á los ojos de la historia como un hecho muy frecuente en los sucesos de la guerra. „Está lejos de mí el designio, dice el historiador Prescott, de justificar las crueldades de los primeros conquistadores: „que graviten con todo su peso sobre su cabeza: eran una raza de „hierro, que si no se cuidaba gran cosa de sus propios peligros y „padecimientos, poco miramiento habia de tener á los de sus des- „venturados enemigos; pero para juzgarlos debidamente, no los „veamos á la luz de nuestro siglo, retrocedamos al suyo y colo- „quémonos en el punto de vista que permite la civilizacion de en- „tonces: solamente de esta suerte podremos calificar imparcial- „mente á las pasadas generaciones. Otorguémosles á éstas la jus-

„ticia que exigimos nosotros de nuestra posteridad cuando, á la luz „de una civilizacion mas adelantada, examine los hechos oscuros „y dudosos que hoy apenas fijan nuestra atencion.” Es cierto que Cortés pudo haber descargado su castigo sobre los principales instigadores de la conspiracion; mas como el pueblo respiraba entonces el espíritu supersticioso de sus numerosos sacerdotes, á quienes obedecian ciegamente en todo cuanto tenia relacion con las consultas que hacian á los falsos dioses, no sabemos si aquella prudente conducta hubiera dado por resultado el feliz término de la revuelta, ó si hubiera levantado contra los cristianos la justa indignacion de toda una ciudad que deseaba destruirlos. Cortés debió su victoria á la sorpresa.

Persecucion contra los totonecas: ascension al gran volcan: continúa la marcha de los españoles: visita del rey de Tezcoco á Cortés: su entrada en esta capital: entrada de los españoles en México (1519). Además de las inquietudes que abrigaba el general español contra Moctezuma, algunas noticias recibidas de Veracruz vinieron á poner su ánimo en un estado de verdadero conflicto; pues supo que el señor de Nauhltan (la Almería de los españoles, ciudad marítima en el golfo de México, á treinta y seis millas al norte de Veracruz), habiendo recibido la orden de Moctezuma para reducir á la obediencia á los totonecas, primeros aliados de los españoles, se habia lanzado á viva fuerza sobre su territorio; y ellos, impotentes para defenderse por sí mismos, habian implorado el socorro del gobernador español de Veracruz. Juan de Escalante, á la cabeza de una parte de la guarnicion, procuró rechazar la invasion de los mexicanos; pero fué herido de muerte así como siete de los suyos, uno de los cuales habiendo caído prisionero en el campo de batalla, se le cortó la cabeza para llevarla en triunfo á Moctezuma.

Tales eran los tristes acontecimientos que pasaban en la costa, cuyas noticias recibió Cortés antes de dejar á Cholula; y sobre las que creyó prudente guardar un profundo silencio para no debilitar la moral de sus soldados, de cuya completa energía necesitaba en la difícil empresa á que se habian comprometido. Pareció que antes de su salida de Cholula, los enviados mexicanos habian renovado inútilmente sus instancias para desvanecer su idea de ir á México, y que de resultas de su negativa volvieron á apelar al ardid, indicándole como mejor camino una calzada ancha y abierta, al tránsito de la cual debian los españoles encontrar pasos impracticables, precipicios, y quizá algunas emboscadas. Una feliz casualidad protegió al general en tan difíciles circunstancias. Desde Cholula se percibia el humo del Popocatepetl, sobre el que los indios referian terribles historias, y cuya cima miraban de imposible acceso. Aprovechando Cortés esta nueva ocasion para dar una alta idea de la intrepidez de sus soldados, quiso que aquel volcan se ex-

plorase por algunos de sus mas valientes camaradas. Véamos lo que dice el historiador Prescott sobre esta aventurera expedición: „El misterioso terror que inspira aquel sitio, y el amor de las aventuras sugirió á algunos caballeros españoles el pensamiento de subir á la cumbre: cosa que los naturales les aseguraron no podrian verificar quedando con vida. Cortés les animaba á aquella empresa, deseoso de probar á los indios que no habia proeza por peligrosa y tremenda que fuese, que no estuviera al alcance de sus intrépidos compañeros. A consecuencia de esto, uno de sus capitanes, Diego de Ordaz, otros nueve españoles y algunos tlascaltecas, alentados por el ejemplo de los primeros, intentaron la subida, en la que encontraron mayores dificultades de las que se aguardaban. La parte inferior estaba cubierta de un bosque tan espeso, que en algunas partes apenas era posible penetrarlo. Conforme iban subiendo, el bosque iba siendo mas despoblado de árboles: la vegetación era un poco mas arriba pobre y triste; hasta que finalmente, á la altura de algo mas de 13,000 piés, desaparecía completamente. Los indios que habian subido hasta allí, intimidados por los ruidos subterráneos que se oían en el volcán, que entonces estaba todavia en estado de combustion, no quisieron proseguir. El camino estaba abierto por sobre negras lavas enfriadas; cuyos fragmentos irregulares, producidos por los obstáculos que se les opusieron cuando venian derretidas, oponian incessantemente tropiezos para andar. Entre estos fragmentos habia uno, llamado el *Pico del Fraile*, que era una enorme roca perpendicular, de 120 piés de altura y que se percibe desde abajo, la cual les obligó á dar un gran rodeo. Pronto llegaron al límite de los hielos perpétuos, donde encontraron nuevos y desconocidos obstáculos; pues que el hielo resbaladizo no les permitia asentar sólidamente el pié, y les ponía á cada instante en riesgo de precipitarles en los aterridos abismos que los rodeaban por todas partes: para poner el colmo á la dificultad, la respiracion se encontraba tan estorbada en aquellas regiones donde el aire es rarísimo, que los esfuerzos para inspirarlo eran acompañados de agudos dolores en la cabeza y en los miembros. Sin embargo de esto, aun prosiguieron sus tentativas hasta que llegaron á acercarse al cráter, de manera que la enorme cantidad de humo, cenizas y chispas que vomitaba el monte de entre sus entrañas abrasadas, por poco los sofocó y los ciega. Aquello era demasiado insoportable aun para hombres de fierro como ellos; así es que aunque muy á su pesar, se vieron obligados á abandonar su intento, ya en vísperas de darle remate. Trajeron algunos enormes carámbanos, cosa curiosa en aquella region cálida, como un trofeo de su hazaña que aunque incompleta, era bastante á admirar á los indios y á darles una nueva prueba de que para los españoles, los mas espantosos y misteriosos peligros, no eran mas que pasatiempos. La empre-

sa era propia y digna de aquellos atrevidos caballeros, que no contentos con los peligros y aventuras que buenamente encontraban en su camino, se echaban como D. Quijote, en busca de otros nuevos. Al emperador Carlos V se le remitió una relacion de este suceso, y á la familia de Ordaz se le permitió que usase en el escudo de armas, un monte ardiendo, en conmemoracion de tan famosa hazaña.”

Sin embargo, Lopez de Gomara, que ha compuesto su obra segun las relaciones de los conquistadores y religiosos misioneros, no nombra á Ordaz como gefe de la expedición. Cortés tampoco lo cita en sus cartas dirigidas á Carlos V. No obstante lo incompleto de esta extraordinaria hazaña, si los soldados de Cortés no le revelaron el secreto del volcan, le dieron parte de un descubrimiento que tenia para él un interés de otra especie. Avanzando hácia la cúspide de la cadena de que acabamos de hablar, tomaron los enviados un camino cuya salida ignoraban. La casualidad les fué provechosa; pues era este el mejor paso, el mas practicable, y el buen camino que conducia al punto culminante. Llegados á él percibieron el hermoso valle de México, sus lagos, y la gran ciudad de Tenochtitlan. Gozoso Cortés al oír estas noticias, no titubeó en seguir la ruta que se le indicaba. Corriendo el mes de Octubre de 1519, los españoles acompañados de algunos millares de tlascaltecas, totonecas y choluleses, atravesaron la cordillera de Ahualco, que une la sierra Nevada, ó Ixtaccihuatl, con la cima volcánica del Popocatepetl. A la vez experimentaron el frio y la excesiva impetuosidad de los vientos que reinan constantemente en aquella superficie; pero quedaron muy indemnizados de sus padecimientos, cuando llegando á lo alto de las encumbradas montañas, se presentó á su vista el sitio que tanto habia agradado á Ordaz y los suyos. A medida que descendian por las alturas de Chalco, se iba descubriendo la vasta llanura de Tenochtitlan, capital del imperio de Moctezuma, con sus torres, templos, grandes edificios y cúpulas, que parecian nacer del seno de una mar escondida como una ciudad encantada: las aguas de los lagos rodeadas de campos cultivados y poblaciones que brillaban con los reflejos del sol. Todo era un sorprendente espectáculo, cuya belleza aumentaba la imaginacion de los españoles, entre los que habia algunos que miraban este cuadro encantador como un sueño fantástico: tal era su inesperada aparicion. A medida que avanzaban desaparecian sus dudas, y se descubria la realidad que habia quedado suspensa á impulso de las primeras impresiones; y todos estos hombres de guerra llegaron á persuadirse, que las riquezas del país eran superiores á cuanto habian oido, y que la fortuna iba á colmarlos con sus favores. Sin embargo, algun corto número de estos hombres no dejaba de estar inquieto por la desproporcion de sus fuerzas, y con las que un grande imperio podia oponerles; pero este temor no alcanzaba á Cortés,

á quien todo parecia favorecer en sus proyectos. Los gobernadores del país llegaban unos en pos de otros á ofrecerle sus homenajes, y al mismo tiempo que se quejaban de la tiranía de Moctezuma, le pedian ayuda y proteccion contra ella. Luego que pisó el suelo mexicano, fué testigo del descontento que reinaba en las provincias mas distantes, y llegado á las puertas de la capital, reconocia disposiciones aun mas hostiles contra el poder. Ya no podia dudar del odio general al monarca, y contaba con él como con un poderoso aliado. El buen resultado de su andaz empresa le parecia asegurado, pues ningun enemigo se pronunciaba.

El emperador Moctezuma, que sabedor de los acontecimientos de Cholula, se habia retirado á su palacio de luto para obtener el socorro de los dioses, por medio del ayuno y oracion, fluctuaba entre las resoluciones mas opuestas. Un dia adoptaba los enérgicos consejos de su hermano; otro dia se conformaba con la opinion del rey de Tezcoco, favorable á la admision de los extrangeros; y últimamente, encargó á éste que fuese cerca de Cortés á redoblar sus instancias, para determinarle á no pasar, ni llevar adelante sus intenciones de entrar en la capital. Cortés acogió al gobernador con todas las atenciones debidas á su gerarquía; pero continuó el curso de su marcha, haciendo observar en todas partes la más severa disciplina, y tomando, aunque sin enemigos á la vista, todas las precauciones que le aconsejaba su prudencia. Tomó el camino de Tezcoco á instancias de dos hermanos del rey de este pequeño estado, á quienes habia privado de la corona, reduciéndolos á vivir como señores tributarios. Lamentándose uno de ellos de la parcialidad de Moctezuma, reclamaba el trono y todas las tierras de sus antecesores. Esta querella de familia que hemos ya indicado en otra parte, era una buena suerte para los intereses de Cortés, el que le prometió su proteccion y contó con un nuevo aliado entre sus filas.

Tezcoco, aunque inferior entonces á Tenochtitlan en riquezas y magnificencia, era despues de la capital la ciudad mas grande y poblada del Anáhuac; pues se contaban en ella cuarenta mil casas y pareció á los españoles dos veces mayor que Sevilla. No se cansaban de admirar la belleza de sus templos, palacios reales, calles, fuentes y jardines públicos. Lo mismo les sucedió en Ixtapalapan, otra grande y hermosa ciudad de doce á quince mil habitantes, infantazgo del hermano de Moctezuma. El gefe y los señores del país recibieron á Cortés con todos los honores debidos á los altos dignatarios del imperio. „Nos alojaron, dice Bernal Diaz, en magníficos palacios contruidos de piedra y madera de cedro, con dilatados patios, y habitaciones amuebladas de canapés que estaban forrados de una tela finisima de algodón, con adornos de bordados, y pinturas, y sus paredes muy blancas. Habia casas nuevas no concluidas todavía, que pertenecian al gobernador ó virey; y estaban tan sólidamente contruidas como las mejores casas de Es-

paña. Despues de haber contemplado estos nobles edificios, nos paseamos en los jardines, admirables á la vista por la variedad de plantas aromáticas, sus largas calles adornadas de árboles frutales, rosales, y otra infinidad de pájaros de brillantes plumas, que se habretodo de una multitud de pájaros de brillantes plumas, que se hallaban reunidos en aquel rico vergel. Vastísimos estanques estaban llenos de peces y patos salvages, certetas y variás aves acuáticas particulares de aquellos países. Nos hallábamnos á la orilla de un lago, cuyas aguas nítidas se comunicaban con el grande lago de México por un canal bastante ancho para poder navegar grandes barcas. Este bello espectáculo que por todas partes me rodeaba, me hizo creer que estaba en el paraíso terrenal ó en el mas privilegiado país del globo.” Tal era aquella ciudad en la época á que nos referimos. La mitad de las casas estaban dentro del lago, y la otra mitad en tierra firme; pero en el día todo está completamente destruido. Lo que era lago, son ahora campos de maiz; y ni aun los mismos indios pueden reconocer el lugar de aquellas antiguas habitaciones.

„Otro dia despues que á esta ciudad llegué, dice Cortés, me paré, y á media legua andada, entré por una calzada, que va por medio de dicha laguna dos leguas, hasta llegar á la gran ciudad de Temijtitan (Tenochtitlan), que está fundada en medio de la dicha laguna; la cual calzada es tan ancha como dos lanzas, y muy bien obrada, que pueden ir por toda ella ocho de á caballo á la par; y en estas dos leguas de la una parte, y de la otra de la dicha calzada, están tres ciudades; y la una de ellas, que se dice Mexicalcingo (Mexicalcingo), está fundada la mayor parte de ella, dentro de la dicha laguna, y las otras dos que se llaman la una Niciaca, y la otra Huchilohuchico (Ocholopozco, hoy Churubusco), están en la costa de ella, y muchas casas de ellas dentro en el agua. La primera ciudad de éstas tendrá tres mil vecinos, y la segunda mas de seis mil, y la tercera otra, cuatro ó cinco mil vecinos; y en todas muy buenos edificios de casas, y torres, en especial las casas de los señores y personas principales, y de las de sus mezquitas, ú oratorios donde ellos tienen sus ídolos. En estas ciudades hay mucho trato de sal, que hacen del agua de la dicha laguna, y de la superficie que está en la tierra, que baña la laguna, la cual cuecen en cierta manera, y hacen panes de la dicha sal, que venden para los naturales y para fuera de la comarca. Y así seguí la dicha calzada (la que va desde Mexicalcingo hasta la de San Antonio); y á media legua antes de llegar al cuerpo de la ciudad de Temijtitan (Tenochtitlan), á la entrada de otra calzada, está un muy fuerte baluarte con dos torres (el célebre fuerte de Joloc), cercado de muros de dos estados, con un pretil almenado por toda la cerca que toma con ambas calzadas, y no tiene mas de dos puertas, una por dó entran, y otra por dó salen.” Allí hizo alto Cortés